

profunda, una dulce y caritativa sociedad, y en donde se vive más felizmente. V. Mosir.

Reina del cielo. Es el nombre que daban los judíos prevaricadores é idolátras á la luna, á quien consagraban un culto supersticioso. Así se lo echaba en cara Jeremías, vii, 18. « Los hijos, dice, amontonan la leña, los padres encienden el fuego, y las mujeres muelen harina con grass para hacer pasteles á la Reina del cielo. » Cuando reprendió lo mismo á los que se escaparon al Egipto, le respondieron estos con insolencia: Nosotros no os escucharemos, y haremos lo que nos parezca; ofrezcamos sacrificios y libaciones, á la Reina del cielo, como lo hicimos en otro tiempo con nuestros padres, nuestros príncipes y nuestros reyes. Entonces nada nos faltaba, éramos felices y no experimentábamos los males que ahora. Desde que lo hemos dejado, todo nos falta, y perecemos por el hambre y la espada. » c. 44, v. 6.

Parece que esta es la misma divinidad que la que se llama *Meni* en el texto hebreo de Isaías, lxx, 11, por cuyo nombre el autor de la *Vulgata* entendió la Fortuna. También se llama *Isis*, *Astarté*, *Militta*, *Hécate*, *Diana*, *Tricia*, *Vénus* la celeste, *Fébo*, *Asterio*, etc., según la lengua de los diferentes pueblos. Se extrañarán menos el culto pomposo que todos les dieron, si se considera el poder singular que atribuían á su influencia. La honraban con la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza y con los sucesos de la vida. La fertilidad de los campos, la fecundidad de los rebaños, el nacimiento y prospero destino de los hijos y el suceso de los viajes por mar y tierra, etc., dependían de la luna, y su curso le dividían en días felices y en días aciagos. Hesiodo, *Theogon.*, v. 412 y siguientes. También dependían de ella los trabajos y los días, v. 765. Los judíos adoptaron muchas veces esta preocupación de los paganos, que aun se conserva hasta cierto punto en las aldeas.

Bayle, en el *Diccionario crítico*, art. *Junon*, Rem. M., dice, que los católicos imitaron la superstición de los judíos y paganos, dando á la Virgen santísima el título de *Reina del cielo*, y tributándole un culto excesivo: esto también nos lo echán en cara conumente los protestantes; pero si estuviesen menos prevenidos, pudieran fácilmente ver dos diferencias esenciales entre nuestras ideas y las de los paganos. 1.ª La Virgen Santísima es una persona real y existente á quien Dios colocó en la felicidad eterna; pero la luna es un cuerpo inanimado, á la que los paganos tributaron un culto, porque falsamente la suponían animada, y la tenían por inteligente.

2.ª Los católicos jamás atribuyeron á la Virgen Santísima mas potestad que la de interceder con Dios por nosotros, y alcanzar gracias por su intercesion; pero los paganos consideraban á la luna como una divinidad suprema é independiente, dotada de una potestad propia y personal: por consiguiente, el culto que le daban era absoluto y terminaba en este astro. El que nosotros damos á María se refiere á Dios, cuya criatura es, y de quien recibió todas las gracias que posee.

Si algunos escritores poco ilustrados dieran otro sentido al título de *Reina del cielo*, que apropiamos á la Madre de Dios; si exageraron las expresiones, hablando de su poder para con Dios, y se le escaparon muchas que no son conformes con las ideas exactas de la teología, no debe ser responsable de ello la Iglesia católica, que declaró y explicó su creencia en el concilio de Trento y en otros decretos, de una manera que no deja lugar á reprension alguna razonable. Véase MARÍA, MADRE DE DIOS.

Reina de los ángeles. V. MARÍA.
Reino de los cielos. Reino de Dios. En el nuevo Testamento, esta expresion significa frecuentemente el reino del Mesías, y por consiguiente la Iglesia cristiana, compuesta de todos aquellos que reconocen por rey al Hijo de Dios y que siguen sus leyes y su doctrina. Como los profetas han anunciado frecuentemente al Mesías con el título de rey, es natural que la reunion de todos aquellos que le obedecen sea llamada *reino*; pero no es un reino temporal como lo entendía el comun de los judíos, sino un reino espiritual destinado á conducir á los hombres á la eterna bienaventuranza. Así lo explica Jesucristo mismo, *S. Juan*, xviii, 36. La misma expresion designa también alguna vez el estado de los bienaventurados en el cielo; se ha dicho que allí reinarán eternamente, *Apoc.*, xxii, 3. Por las circunstancias, por lo que precede ó sigue en el Evangelio, debe juzgarse en los diferentes pasajes cual de estos dos sentidos sea el mas conveniente.

Relacion entre las tres personas de la Santísima Trinidad. V. TRINIDAD.

Relapso. Hereje que cae en el error que habia abjurado. La Iglesia concede con mas dificultad absolucion á los *relapsos* que á los que no cayeron mas que una vez en la herejía: exige de los primeros mayores y mas largas pruebas que de los segundos, porque teme con razon profanar los sacramentos si les permite recibirlos. En los países donde hay

inquisicion los herejes *relapsos* son regularmente condenados al fuego, y en los primeros siglos los idolátras *relapsos* estaban excluidos para siempre de la sociedad de los cristianos.

Religion. Conocimiento de la Divinidad y del culto que se le debe junto con la voluntad de cumplir con esta obligacion. Atendiendo á la palabra, es un vínculo que une al hombre con Dios y con la observancia de sus leyes por los sentimientos de respeto, de reconocimiento, de sumision, de temor, de constancia y de amor que nos inspiran sus divinas perfecciones, y los beneficios de que nos ha colmado. Para decidir si el hombre debe tener una religion, basta saber que hay un Dios, y que crió al hombre, porque no pudo hacerle capaz de reflexion sin mandarle adorar á su Criador. Por otra parte, la experiencia demuestra que el hombre sin religion se distinguira muy poco de un animal, como se ve en los salvajes aislados que se encuentran errantes en los bosques, y en dos castas de indios que se mezclan, y viven como los brutos, y que se juntan sin distincion de padre, ni madre, ni de hermano ni hermana. *Véase de las Indias* por M. Somner, t. 1, l. 1, c. 5.

Es bien extraño que haya hombres precitados de filósofos que traten de asemejarse á este estado de estupidez, y que poco contentos con abjurar todo sentimiento de religion, quisieran sofocar también en sus semejantes. Para conseguirlo, dicen unos que la religion nació de la ignorancia de las causas naturales y del temor; otros que es obra de los políticos ó de los sacerdotes; y los mas sostienen que la religion es inútil. Muchos van mas adelante, y sostienen que es pernicioso al genero humano, y la causa principal de todos sus males: es bien triste para nosotros el tener que refutar semejantes absurdos.

En el artículo RELIGION NATURAL demostraremos un hecho importante que trastorna todas estas suposiciones; y es que la primera religion que hubo en el mundo fué efecto de las lecciones que Dios habia dado al primer hombre al tiempo de crearle, y que le mandó transmitir á su posteridad; luego este sentimiento no nació de la ignorancia, ni del temor de los fenómenos de la naturaleza, ni del interes de los políticos, ni de la impostura de los sacerdotes: si la religion es un don de Dios, no puede ser inútil, ni pernicioso al genero humano.

Nada mas frívolo que las conjeturas que se destruyen á si mismas; y de esta clase son

los argumentos de nuestros adversarios. Dico unos: la religion pudo nacer de la ignorancia ó del temor; luego así nació efectivamente. Otro responde: pudo tambien nacer de la institucion de los políticos ó de las arterias de los impostores, luego sin duda fué su obra. Aunque pudiera ser, no se sigue que lo sea. Una de estas suposiciones destruye la otra: ¿á cual de las dos nos atenderemos? No se conoció nacion alguna reunida en cuerpo de sociedad que no tuviese una religion; y fué una misma la causa que la produjo en todas partes, ó en un país nació de la ignorancia, en otro del temor, en otro del interes político del pueblo, y en otro de la impostura de los sacerdotes, ó se remitiéron todas estas diferentes causas para hacer á los hombres de todos los países mas ó menos religiosos? Los alcans nada de esto pueden afirmar, porque les faltan las pruebas.

Principian suponiendo como cierto lo que está en cuestion, á saber, que no hay Dios, que toda religion es una quimera; y despues arguyen á ojos cerrados, queriendo adivinar de dónde nació esta imaginacion. Lógica verdaderamente bien singular.

Nosotros no discurrimos así, ni formamos supuesto alguno; sin embargo probamos nuestras aserciones.

1. Es falso que la religion nació de la ignorancia de las causas naturales. Convencimos en que los fenómenos de la naturaleza, y la ignorancia de las verdaderas causas que los producen, pueden ser principio de una religion falsa. En efecto, esto fué lo que produjo el politeísmo y la idolatría, como lo hicimos ver en otra parte, y lo probaremos ahora. Pero no se debe confundir la idea de un Dios y de una religion en general con la falsa aplicacion de esta idea, ni el sentimiento de una causa inteligente que rige la naturaleza, con el error de los que suponen muchas causas y muchos motores. Un error que nace de la ignorancia, nada tiene de comun con una verdad que dictan la razon y la naturaleza. Nosotros sostenemos que la idea de un Dios en general, y la necesidad de una religion, no nació de la ignorancia.

2.ª Si fuese así, los pueblos mas ignorantes serian mas religiosos; todo al contrario, en las naciones salvajes, ignorantes y estupidas hasta el exceso, hubo trabajo en descubrir algunos vestigios de religion; pero á medida que se fueron instruyendo y civilizando, su religion tomó vigor, consistencia y brillo exterior. (Será capaz alguno de sostener que los pelagos, primeros habitantes de la Grecia, los mas salvajes y groseros, conocieron

la multitud de divindades cantadas por Hesiodo y Homero, y que antes de Numa se practicaba en Roma la informe y complicada idolatría que después se fué introduciendo?

2º Los ateos quisieron convencerlos de que sus predecesores fueron los mas sabios físicos y las mejores cabezas de Roma y Ateñas, y que ellos mismos son extraordinariamente sabios en la ciencia de la naturaleza. Falsa vanidad. Epicuro era el mas ignorante de los filósofos en materia de física, de modo que la última lección que escribió, y se le echa en cara continuamente; sus discípulos no fueron mas sabios que el maestro. En cuanto á los modernos, nuestros mas célebres filósofos, como Descartes, Newton y Leibnitz, fueron religiosos de buena fe, pero los que profesaron el ateísmo, quisieron hablar de física, y explicarlo todo por el mecanismo de las causas naturales, y su empeño solo sirvió para manifestar su ignorancia y su ineptitud, al lado de una verbosidad incomprensible, y que no entendían ellos mismos.

3º Si se piensa que el ateísmo y la irreligión son una prueba y un efecto de los progresos de nuestro siglo en el conocimiento de la naturaleza, se engaña mucho el que lo crea; mas bien es un testimonio de la inercia de los talentos encerrados por el lujo, y del disgusto que tomaron los hombres á los conocimientos sólidos. Desde el momento en que el epicureísmo se introdujo en Grecia y Roma, ¿qué filósofos célebres se vieron en estos dos países? No es en una edad avanzada, después de haber adquirido un hombre mucha erudición y muchas luces, cuando decae en el ateísmo y en la incredulidad; mas bien sucede en la juventud, en el fuero de las pasiones, y antes de haber tenido tiempo para reflexionar é instruirse; ciego con el orgullo y el libertinaje, se tiene por mas hábil que todos los sabios del universo, y se toma la libertad de tratar de ignorantes á todos los que crecen en un Dios. ¡Feliz él si adquiere conocimientos según adelanta en edad! Se puede esperar que saliendo de la ignorancia abjuraré el ateísmo.

II. *La religión* no nace del temor que inspiran los fenómenos espantosos de la naturaleza; convenimos en que los ignorantes se asombran con mas facilidad que los sabios á vista de estos fenómenos; pero este temor no es la primera causa de los sentimientos religiosos, y hay pruebas positivas de lo contrario.

1º Suponen los ateos que la primera religión de los hombres fué el politeísmo y la idolatría: sin duda lo hubiera sido si Dios

no hubiese atendido á su instrucción, dignándose ilustrarlos él mismo. Olvidemos por un momento el hecho de la revelación primitiva, y partamos de la suposición de nuestros mismos adversarios. Según la historia sagrada y profana, la idolatría mas antigua fué el culto del sol, de la luna, del conjunto de los astros, y de los elementos, porque se suponía que todos estos seres eran animados, y así lo creían los filósofos y el pueblo. Véase *ASTROS, IDOLATRÍA*. ¿Qué azotes, qué desgracias experimentaron los hombres por parte de los astros? Ninguna; pero admiraron su resplandor y su marcha, y reconocieron sus beneficios. Los poetas los celebraron con sus himnos, y nunca les atribuyeron la cólera ni la malignidad. Por consiguiente la admiración y el reconocimiento les inspiraron este culto mas bien que el temor; así lo testifica la Sagrada Escritura. *Deuter.*, iv, 19; *Job.*, xxxi, 26 y 27; *Sabiduría*, xii.

Lo mismo puede decirse de los elementos, que son ordinariamente beneficios, y rara vez están en convulsión; sirven para la subsistencia y el bienestar del hombre, mas bien que para su destrucción. Los homenajes que se tributaban á Júpiter y á Jano, como árbitros del buen tiempo y de la lluvia, á Vesta y á Vulcano como conservadores del fuego, á Neptuno, á los ríos, á las niñas de las aguas ó á las fuentes, á la tierra y á Ceres, vienen comunmente por objeto pedirles beneficios ó daries gracias por ellos, y no el calmar su cólera, ni lamentar las desgracias.

2º Entre la enorme multitud de divindades que con sus cantos celebraron los poetas, no se pueden mirar como malélicas por su naturaleza la décima parte de ellas, lo cual prueba el epíteto que les dan ordinariamente de *beneficus, dii datores bonorum*: á cada uno en particular le daban el nombre de *pater*, y á las diosas el de *mater*, y estas no son señales de temor ni de desconfianza. « Nosotros », decían los judíos idolátras á Jeremías, « ofreceremos sacrificios y libaciones á la reina del cielo, como lo hicimos en otro tiempo con nuestros padres, nuestros principes y nuestros reyes; entonces nada nos faltaba, éramos felices, y no experimentáramos los males que ahora. Desde que lo hemos dejado, todo nos falta, y perecemos por el hambre y al filo de la espada de nuestros enemigos. » *Jerem.*, xlii, 6. Luego el sordido interés, y la esperanza de conseguir bienes temporales, presidieron el culto de los idolátras mas bien que el temor y el espanto.

En cuanto á los héroes, ¿ acaso fueron honrados los que se hicieron temer por su malignidad, mas bien que los que hicieron señalados servicios á sus semejantes? « Si tú eres un dios, doctan los escitas á Alejandro, debes hacerles bien y no quitarles lo que poseen. » Este pueblo, aunque grosero y con poca que es muy propio de la Divinidad distribuir beneficios, é inspirar el amor y no el espanto. Todos los pueblos pensaron del mismo modo. Los egipcios honraron á los animales útiles mas bien que á los dañinos, y á las plantas saludables mas bien que á las venenosas. Los primeros fenicios adoraron los elementos y las primeras producciones de la tierra con que se alimentaban. Los persas dan culto al buen principio, y no al malo. La divinidad principal de los de la India es *brahma*, que entre ellos significa el *criador*. Los peruanos adoraban el sol y la luna; los negros maldicen al sol porque los abrasa con sus ardores, y dan un culto excesivo á dios de las aguas. En todo el universo vemos que brillan en el culto de los diferentes pueblos la gratitud y la esperanza.

3º Las fiestas y las reuniones religiosas en los primeros tiempos y en todas las naciones nada tenían de lugubres, antes bien anunciaban el contento, la confianza y el gozo: un convite, la música y la danza eran siempre una parte del culto que daban á los dioses. Estas fiestas eran relativas á los trabajos de la agricultura; se celebraban en la sementera, en la siega ó en las vendimias; por consiguiente tenían por objeto el reconocimiento de los beneficios de los dioses. ¿ Se vio jamás reinar la tristeza en las fiestas de Pomona, de Ceres, de Venus y de Baco? No conocemos ninguna solemnidad ni práctica del paganismo que estuviese destinada á recordar la memoria de un acontecimiento infausto; los de esta especie se notaban en el calendario con un día de ayuno ó de luto; pero las fiestas tenían un objeto muy diferente. Entre los romanos, las palabras *festus* y *festivus* significan lo mismo que feliz, agradable; *infestus*, triste y desventurado. Si la idolatría hubiera inspirado la tristeza, el arrepentimiento y el espanto, no hubiese sido tan difícil desterrarla de los pueblos y atraerlos á la verdadera religión.

Convenimos en que la prosperidad constante y el bienestar habitual pervierten regularmente á los hombres, los hacen ingratos y les obligan á desconocer al bienhechor supremo. Este es el caso en que se hallan la mayor parte de los ateos é incrédulos: para hacerlos religiosos, es preciso un revés de

fortuna y que caigan en una enfermedad ó en una grande aflicción; y concluyen de aquí que la *religión* es un efecto de tristeza, de melancolía, del abatimiento de espíritu causado por la desgracia. Pero conoced mal el corazón de los demás si juzgan por el suyo. Porque la prosperidad *excessiva* hace al hombre duro, injusto é insensible á los males de sus hermanos, no se sigue que estos vicios son conformes á la razón, como tampoco la incredulidad, y que las virtudes contrarias provienen de debilidad de ánimo. Finalmente, aun cuando fuera cierto que la *religión* no domina á los hombres sino cuando padecen, aun se seguiría que es necesaria para consolarlos en sus penas; y como todos están expuestos á padecer, y los mas padecen efectivamente, se deduce con evidencia que el creer en un Dios es un atributo necesario de la humanidad, y que los ateos son insensatos cuando se lisonjean de destruir esta creencia.

III. *La religión* no es obra de la política de los legisladores, ni de la impostura de los sacerdotes.

A primera vista se conoce que la hipótesis que impugnamos es absolutamente contraria á las dos anteriores. Si es verdad que la *religión* nació de la ignorancia de los pueblos groseros y bárbaros, ó del temor de las desgracias, á que todos estuvieron expuestos, no fué necesario que los políticos les viniesen á sugerir, sentimientos religiosos para sujetarlos á ella, y no hay duda que hubo *religión* antes que hubiese sacerdotes. Si al contrario fué preciso que unos hombres ambiciosos y sazaques inventasen la quimera de un Dios para sujetar á sus semejantes, es falso que estos sacasen sus ideas de la ignorancia de las causas naturales ni del sentimiento de sus desgracias. Los ateos que quisieron reunir tan diferentes supuestos, cayeron en mil contradicciones; pero hay tambien otras muchas pruebas de la falsedad de su teoría.

4º Nuestros adversarios no son capaces de señalar uno solo de los legisladores conocidos que introdujeron por primera vez en un pueblo ateo la idea de un Dios. Los filósofos de la India protestan haber recibido su *religión* de Brahma; que este sea un Dios ó un hombre nada importa; ninguno de ellos dice que antes de esta época eran ateos los de la India. Si Brahma es el Criador, dió á los hombres la *religión* al tiempo de criarlos. Confucio protesta que no hace mas que repetir las lecciones de los antiguos sabios de la China; por consiguiente no se precisa de autor de la *religión* de la China. Zoroastro inventó su siste-

ma para sacar á los persas y á los caldeos de la idolatría, y no para curarlos del ateísmo. Moisés enseñó á los judíos á que adorasen *á Dios de sus padres*, á Dios de Adán y de Noé, y no un dios desconocido. Mahoma trató de renovar la *religion* de Abrahán y de Ismael entre los árabes idolátras, judíos y cristianos. Pitágoras no se tomó el trabajo de combatir el ateísmo, porque no le halló establecido en ninguna parte. ¿Dónde está pues el primer legislador que se vió precisado á desterrar el ateísmo antes de dar sus leyes?

2. Se halla la idea de la Divinidad en las prácticas del culto establecidas en algunos pueblos que jamás tuvieron legisladores, hasta entre los habitantes de las islas salvajes; y no se descubrió hasta aquí ninguna población absolutamente destituida de estas ideas. Luego no son obra de los sabios, de los legisladores, de los políticos ni de los sacerdotes, y son mucho más antiguas que todos ellos.

Es verdad que todos encargarán la *religion* dándola una forma fija y fundando sus leyes sobre esta base; más no por eso fueron sus creadores. También apoyaron sus leyes en los sentimientos de benevolencia mutua, en el amor de la patria, en el deseo de la alianza y en el temor de las penas; y son acaso por esto los primeros autores de estos sentimientos naturales? La sociedad civil que establecieron desenvolvió y robusteció estos principios; pero no fué quien creó su germen: lo mismo debemos decir de la *religion*.

3. O estos legisladores creían en un dios, una *religion*, y en la otra vida, como lo manifestaron, ó no creían. Si lo creyeron, ¿cómo pudo venir la misma persuasión á todos ellos en tiempos, lugares y climas tan diferentes, en la China y en la India, en Europa y en el Africa, en el Norte, y en el Mediodía? ¿Cómo juzgaron todos que se era perjudicial en el concepto de los ateos? Fácilmente se concibe que una misma verdad pueda subyugar á todos los sabios; pero que un mismo error los hubiese cegado á todos, esto no se comprende.

Si no creían, luego todos fueron ateos, impostores ó hipocritas, y no se halló entre ellos uno solo que tuviese valor para manifestar buena fe; ellos son los que dando por su propio interés una *religion* á los hombres, abrieron la caja de Pandora, origen de todas las desgracias. Verdaderamente los ateos hacen mucho honor á sus predecesores; ¿pero de qué razones se valieron estos impostores

para sujetar á los hombres aun salvajes, celosos todos de su libertad é independencia, para inspirarles las ideas de un Dios y de una *religion* que jamás les habían ocurrido? ¿Qué causa pudo decidir á todos estos salvajes á que abrazasen un mismo error sino la razón y la naturaleza?

Mejor diremos que ningún legislador fué ateo, y que nunca hubo un ateo que fuese capaz de ser legislador. El que hubiese establecido la *religion* por pura política y por su interés particular, hubiera enseñado, como Hobbes, que debe absolutamente depender de la voluntad del legislador, y que el soberano debe ser su señor absoluto: al contrario, todos suponen que solo á Dios toca prescribir el culto que se le debe, y por eso los mismos impostores, como Zoroastro y Mahoma, se vendieron como inspirados y enviados por Dios. Pero la impostura en materia de *religion* no es una prueba del ateísmo.

La conducta uniforme de todos los legisladores demuestra que fué imposible fundar las leyes y la sociedad civil en otra base que en la *religion*. Edificareis, dice Platón, una ciudad en el aire primero que establezcáis una república sin dioses y sin *religion*. Presto que el hombre no fué destinado por la naturaleza á una vida salvaje y aislada, claro está que nació para ser religioso; y sin cambiar absolutamente la naturaleza humana, jamás conseguirán los ateos que agrade su sistema insensato.

Por las mismas razones se prueba que la *religion* no fué jamás un efecto de la impostura de los sacerdotes, porque es un absurdo suponer que hubo sacerdotes ó ministros antes que hubiese *religion*. Antes de formar las poblaciones, tuvieron los hombres por lo menos una familia de la cual eran dueños absolutos. Antes de dar un padre una *religion* á sus hijos, debió él mismo recibirla de otra parte, ó se vió en la necesidad propia persuasión. ¿Y qué motivo pudo tener sino su propia persuasión? En el artículo PAGANISMO hicimos ver que por un impulso general de la naturaleza todos los hombres propendieron á creer que todo lo que se mueve es vivo y animado; y por consiguiente á imaginar un espíritu en todos los cuerpos en que notaban movimiento. Por este motivo poblaron el mundo de espíritus, de inteligencias, genios ó demonios que producen todos los fenómenos buenos ó malos de la naturaleza. Como estos fenómenos son superiores á las fuerzas del hombre, y depende de ellos su bienestar, infirieron que con respetos y ofrendas debían granjearse el afecto, y prevenir la cólera de

estos espíritus mas poderosos que el hombre, á quienes dieron el nombre de *dioses*. No fué, pues, necesario que un impostor inventase dioses y culto para infundir á los demás, porque estas ideas se ofuscaron á la imaginación del ignorante mas grosero.

Un padre prevenido de estas ideas las transmitió sencillamente á sus hijos sin ningún deseo de engañarlos; y aun cuando no se las hubiera enseñado positivamente, sus hijos se hubieran inclinado á imitarle en el hecho de verle practicar un culto, y hacer ofrendas, libaciones y genuflexiones delante del sol y de la luna, de una piedra ó de un tronco. Aquí tenemos una *religion* y un sacerdocio doméstico instituido sin el influjo del interés, de la política y de la impostura.

Cuando las familias se reunieron en una sola población, ya estaban imbuidas en estas ideas, y habituadas á un culto particular. En lugar del culto doméstico empezó á introducirse el culto público, porque todas las prácticas son comunes en una misma sociedad. Se formó juicio de que el culto de la Divinidad se debía confiar al hombre mas anciano, mas respetable, y que tuviese reputación de mas sabio; y por la misma razón se le dió parte en los negocios del gobierno; de aquí nació la union del sacerdocio y del cetro de todos los pueblos de la antigüedad. ¿Dónde se ve aquí el artificio, el fraude ni la impostura? No se halla donde para nada se necesita. Que un sacerdote monarca hubiese inventado despues alguna fábula ó alguna superstición particular, para mantener ó aumentar su autoridad, es muy posible; pero que en el primer origen la *religion* haya nacido del interés del sacerdocio, y no el sacerdocio de la necesidad de una *religion*, es un absurdo completo.

IV. Los enemigos de la *religion* no se avergüenzan de asegurar que es enteramente inútil á los hombres, y que podrían muy bien pasar sin ella; nosotros, al contrario, sostenemos que es absolutamente precisa para el hombre considerado solo y con relacion á su felicidad particular, y lo mismo para la sociedad á que él está destinado.

En el artículo ARTISMO hicimos ver que este horroroso sistema, lejos de proporcionar la felicidad y el descanso á sus partidarios, los llena de turbación, de inquietud, de dudas é ideas melancólicas; y que no les presenta ningún motivo sólido para ser virtuosos. Esto es mas que lo necesario para probar nuestro aserto.

Otra prueba es la persuasión en que están los ateos de que la *religion* nació en el hom-

bre del sentimiento de sus penas; que buscó en ellas un consuelo imaginándose un Dios que puede socorrerle, y que tarde ó temprano le indemnizará de sus trabajos. De donde se infiere que para los ateos no hay esperanza ni consuelo, y algunos se vieron en la necesidad de confesarlo. Si todos los hombres están expuestos á padecer mas ó menos sobre la tierra, es un rasgo de demencia renunciar á sangre fría los recursos que nos ofrece la razón. Compárese un ateo en estado de aflicción con un personaje como Job, lleno de submission, de confianza en Dios y de resignación, y díganseos cuál de los dos es mas digno de compasión.

Una vez convencido de que Dios crió el mundo, conozco que su poder es infinito; con este poder de nada necesita, y por lo mismo no produjo los seres sensibles para su felicidad, sino para la de los mismos seres. Si no les concedió mas grados de bienestar, no fué por impotencia ni por malicia, sino por razones sábias y ocultas en su sabiduría, de que á nadie debe dar cuenta. Desde entonces comprendo que todas las objeciones y quejas de los ateos contra los males físicos y morales, son un absurdo y nada me inquietan. Si soy infeliz por mi mismo, esto es, menos feliz de lo que yo quisiera, me convezo de que Dios lo quiere así para mayor bien mio, porque no es injusto, ni cruel, ni inusitado, que es preciso reprimir mis deseos, soportar mis penas, y esperar un porvenir mejor despues de esta vida.

Un ateo no sabe si en algunos momentos volverá el universo al caos, si los hombres llegarán á ser unos monstruos de la malignidad, y si él mismo se verá en el colmo de la desgracia. En cuanto á mí, que creo en una Providencia, cuento con la perpetuidad del orden físico establecido, y mucho mas con la constancia del orden moral, cuyo autor es Dios. La ley y los principios de justicia, los sentimientos de benevolencia general, que siento grabados en mi corazón, son los mismos en todos los hombres, y esta es la prenda de una seguridad y de una confianza eterna. Conociendo que hay hombres que creen como yo la existencia de un Dios justo, de una ley natural, y de una vida futura, no me arriesgo en asociarme con ellos; y en medio de una sociedad de ateos, ¿en qué podría fundar mi confianza?

Permisimos en sostener contra ellos que es imposible fundar la sociedad humana en una base tan sólida como la *religion*; ellos mismos lo confesaron bastante en el hecho de suponer que la *religion* fué un invento de la

política de los legisladores, porque conocieron la necesidad de ella para reunir por medio de las leyes á los hombres en sociedad. Excepto Confucio, no se halla uno entre los antiguos sabios que no mirase la voluntad de Dios, legislador supremo, como el único fundamento de todas las leyes y de todos los deberes del hombre. En los artículos *LEV* y *MORAL* hicimos ver que no se le puede concebir de otra manera.

Para demostrarlo de nuevo, nos basta exponer el sistema de los ateos sobre el fundamento de la sociedad. Considerando al hombre como que salió por acaso del seno de la tierra, dicen que por su naturaleza no tiene derechos ni deberes algunos respecto de sus semejantes; que cada uno tiene derecho á todo aquello de que puede apoderarse por la fuerza; pero como este estado no es ventajoso á los hombres, concocieron que era mejor para ellos vivir en sociedad, y consintieron en verificarlo. Conviniéronse en establecer las reglas de justicia, de equidad, las leyes de propiedad y de subordinación, á las cuales se sujetaron libremente. En este convenio se fundó la sociedad, y es lo que se llamó *pacto ó contrato social*. No hay cosa más frívola que esta teoría.

1º En un absurdo imaginar que el hombre nació por casualidad: es sin duda la producción de una causa inteligente, poderosa y sabia, porque su constitución es la obra maestra de la industria y de la sabiduría. Por consiguiente, esta misma causa que nosotros llamamos Dios, fué quien hizo al hombre de manera que le es mas ventajoso vivir en sociedad que vivir solo y sin relacion con sus semejantes; luego Dios al tiempo de criar al hombre le destinó para vivir en sociedad. No pudo destinarle á este estado sin imponerle deberes y obligaciones, sin las cuales no pudiera subsistir la sociedad; porque no pudo querer el fin sin querer los medios. Luego esta misma voluntad del Criador es la ley primitiva y fundamental, la ley natural que está sujeto el hombre desde su nacimiento, anterior á todo convenio libre, y es quien asegura sus derechos y quien provee á su seguridad y á su bienestar, antes que sea capaz de conocerlo, y quien obliga á sus semejantes á amarle, á conservarle, y á no perjudicarle, puesto que es hombre.

2º Qué fuerza pudiera tener un convenio celebrado entre muchos hombres independientes, si no hubiese una ley anterior que obligase á cada particular á cumplir su palabra y á ejecutar fielmente sus convenios? Es

un absurdo que un hombre se obligue ó se fuerce á sí mismo, y que su voluntad se imponga una ley; la misma causa que produjo la ley y la obligación pudieran romperla cuando le pareciese. La palabra *ley ó vínculo de la voluntad* expresa un Señor, un poderoso superior al que se obliga ó se sujeta. Así, á pesar del *pacto social*, todo particular quedaria dueño de su obligación, y no podria ser obligado sino por la fuerza. Ahora bien, la fuerza de los demás no nos impone obligación de conciencia; y si podemos sustraernos á ella ó resistirla, no es permitido, á no ser que una ley suprema nos mande obedecer. Luego sin la ley divina de nada sirve el *pacto social*.

3º Aun cuando pudiera obligar al que le celebró, no obligaria á los que tuvieron en la parte alguna, porque no habian nacido. Cuando el hombre se supone independiente por su naturaleza, ¿quién tiene derecho á contraer por él? Nadie. Un padre no tiene autoridad para obligar á sus hijos, así como sus hijos no la tienen para obligar á su padre. Un niño al nacer nada debe á la sociedad, porque nada contrató con ella, y la sociedad nada le debe al niño; por consiguiente no podrá dejarle perecer ó ahogarle sin violar ninguna obligación. Execrable consecuencia, que debería cubrir de oprobio no habria virtud si no la mandasen las leyes civiles; ni cosa mala sino la que ellas prohiben; las costumbres, los usos y los hábitos de los pueblos mas bárbaros serian legítimos, con tal que los aprobase la sociedad. Tambien seria bueno matar á los hijos para verse desembarazado de ellos y no tener que alimentarlos; seria tambien loable comer carne humana, igualmente que vivir de frutas ó legumbres, y tan conforme á la razon el imitar á los brutos, como seguir las costumbres de los pueblos civilizados. No habria mas ley que la de la sociedad, y no habria obligación de crear mas bien esta ley que su contraria.

4º En este estado de cosas no habria virtud si no la mandasen las leyes civiles; ni cosa mala sino la que ellas prohiben; las costumbres, los usos y los hábitos de los pueblos mas bárbaros serian legítimos, con tal que los aprobase la sociedad. Tambien seria bueno matar á los hijos para verse desembarazado de ellos y no tener que alimentarlos; seria tambien loable comer carne humana, igualmente que vivir de frutas ó legumbres, y tan conforme á la razon el imitar á los brutos, como seguir las costumbres de los pueblos civilizados. No habria mas ley que la de la sociedad, y no habria obligación de crear mas bien esta ley que su contraria.

5º En esta hipótesis no podria obligarse al hombre á la observancia de las leyes sino por el interes presente; y si su interes se opusiese á ello, si pudiera violar una ley sin riesgo alguno, si fuese bastante sagaz para sustraerse del castigo, ó bastante fuerte para resistirle, seria dueño de hacerlo, y su conciencia no podria condenarle. Porque solo seria el interes quien dictase el contrato social, y solo el interes podria tambien autorizar un hombre para violarle.

6º Supongamos que un miembro de la so-

ciudad obre contra su interes cuando viola una ley en este caso se podria decir que es un insensato, pero no que es un criminal. En la hipótesis de una ley divina y natural hay circunstancias en que es un acto de virtud heroica el sacrificar nuestros intereses, renunciar lo que mas nos lisonja, hacernos violencia á nosotros mismos, resistir á la sensibilidad física, y despreciar hasta nuestra vida. Segun los principios de los ateos, estos rasgos heroicos de virtud, serian otros tantos actos de demencia contrarios á la humanidad. Pueden sacarse hasta el infinito consecuencias abominables de su sistema.

Para probar que la *religion* es inútil, solo tienen una objecion, y se reduce á que no impide ni previene todos los crímenes, y que se pueden echar muchos en cara á los mismos que tienen mas *religion*, ó parece que la tienen. En consecuencia sacan á plaza todos los desórdenes que se notan en las naciones cristianas y en los infieles. Las costumbres, dicen, no pudieran ser peores aun cuando todos los pueblos fuesen incrédulos y ateos.

Pero hay muy poca reflexion en este modo de discurrir.

1º Cuando un hombre religioso y tímido peca gravemente, resiste no solamente á todos los motivos que le inspira la *religion* para separarle del pecado, sino tambien á todos los que le pueden sugerir la razon, como el interes bien entendido, el amor de sí mismo bien arreglado, el deseo de la estimacion de sus hermanos, el temor de ser aborrecido, etc. Los ateos sostienen que bastan estos últimos motivos sin la *religion* para hacer virtuosos á los hombres; y si son para hacer virtuosos cuando los motivos de *religion* para separarle á un cristiano del crimen, porque los atropella todos á un tiempo. Por consiguiente, si la *religion* es inútil, es preciso concluir que tambien es inútil la razon, la conciencia, la educacion, las leyes, las penas y las recompensas, etc.; y de este modo el argumento de los ateos cae con todo su peso sobre su propio sistema.

Suponen con una supercheria grosera que la *religion* apaga en los creyentes los motivos naturales con que la razon nos inclina á la virtud y nos separa del crimen: es una falsedad. La *religion* no reprueba ninguno de estos motivos cuando son arreglados, y descomulgados en el caso de un ateo, lo que ya hemos probado en otra parte. Véase *MORAL*. Deben influir mucho mas en un creyente, porque están corroborados por los motivos de la *religion*.

2º El hombre dotado de reflexion y libertad, aunque sujeto á mil pasiones diferentes, no fué criado para obrar con la fuerza y para ser oprimido como los animales, ni para tener como ellos una conducta uniforme: es inconstante por naturaleza, y por consiguiente capaz de pasar fácilmente de la virtud al vicio y al contrario. Cuantas mas tentaciones se le presentan y mas ocasiones de caer, tanto mas necesita de diversos motivos para preservarse; y lejos de quitarle los de la *religion* ó los de la razon, seria preciso inventar otros, si fuera posible.

En otro tiempo, discurriendo como los ateos del dia, los epicúreos se esforzaban en probar la inutilidad de la razon en el hombre, porque no basta para curarle sus pasiones ni sus vicios, y sostenian que seria mucho mejor para él haber nacido como los demás animales.

V. El odio ciego de los incrédulos contra toda *religion* los condujo á esforzarse en probar que esta es una preocupacion perniciosa á la humanidad; que fué, es y será siempre la causa de todos los males y de los crímenes del género humano. Las invectivas sangrientas que vertieron con el mayor descaño en esta materia descubren toda la malignidad de sus corazones.

1º Dicen que la *religion* atormenta al hombre con temores continuos de un castigo eterno y de la justicia inexorable de un Dios siempre irritado; que esta perspectiva le hace flojo y perezooso, le distrae ocupándole exclusivamente de las cosas de la otra vida, y haciéndole descuidar de sus actuales intereses.

Nosotros les respondemos que si los hombres nada tuviesen que temer en este mundo ni en el otro, se convertirían muchos en horrosos malhechores, con quienes seria imposible vivir en sociedad; y que si la virtud nada tuviera que esperar en la otra vida, se hallarian apenas algunas almas bastante fuertes para practicarla; y segun la expresion de S. Pablo, los santos serian los mas infelices de todos los hombres. No dudamos que los incrédulos tendrán continuos remordimientos, y se estremecerán pensando en la justicia de Dios y en los castigos eternos, porque no tienen ninguna certidumbre de que sean falsas estas verdades, y esto prueba que su conciencia no está limpia; pero son injustos en atribuir la misma inquietud á los hombres sinceramente religiosos: estos saben que Dios es tan misericor-

dioso como justo, y que el infierno se hizo solo para los malos.

La verdadera *religion*, lejos de pintarnos á Dios como siempre irritado, le representa siempre aplacado con el arrepentimiento de los pecadores; que los busca, que los llama y que no los castiga sino por atraerlos á la penitencia. V. *Miscelanea*. V. Dios.

Quisiéramos que nuestros adversarios citasen entre los que no tienen *religion* á unos hombres tan animosos, tan intrépidos, tan celosos del bien público, y que hubiesen hecho tantos servicios al género humano, como hicieron los hombres por motivo de *religion*. Segun el testimonio de toda la antigüedad, los epicúreos, los escépticos y los pirrónicos fueron los mas inútiles y los mas inoportunos de todos los hombres. Perfectos modelos de los de nuestros días, solo eran buenos para deprimir la virtud y poner en ridiculo el celo del bien comun. La *religion* nos enseña que el medio mas infalible de asegurar nuestra felicidad eterna, es el de consagrarnos en este mundo al servicio de nuestros semejantes.

¶ Dicen que la *religion* divide á los hombres, causa odios nacionales, y arma unos pueblos contra otros, etc. Nosotros sostenemos que esto es falso. Los pueblos salvajes, que apenas tienen algunas ideas religiosas, están mas divididos entre si y mas encarnizados en destruirse mutuamente que las naciones civilizadas y amansadas por la *religion*. Cuando todos estaban prevenidos con los mismos errores, y todos eran politeístas ó idolátras, se hicieron la guerra con mas encarnizamiento y obstinacion que en nuestros días. La verdadera causa de los odios nacionales son las pasiones de los hombres, el orgullo, la envidia, la insaciable ambicion, el furor de las conquistas, el interes del comercio, etc., y esto es lo que los enemistaba cuando Jesucristo vino á predicarles la paz y la caridad fraternal, y á reunirlos en su Iglesia como mansas ovejas en un solo redil, bajo la direccion de un mismo pastor. ¿Con qué cara se quiere sostener que tiende á dividirlos esta *religion* santa? Si á pesar de su moral dulce y pacífica se hacen la guerra las naciones cristianas, esto prueba que sus pasiones son incurables; y sin duda no ha de ser el ateísmo la medicina que las cure.

Convenimos en que la *religion* de los judíos tendia á separarlos de las otras naciones, porque estas habian llegado al mas alto grado de ceguera y corrupcion. Pero los pueblos con quienes tuvieron guerra estaban tan de saudades entre si como con los judíos. Despues de la expulsion de los cananeos, jamás

mandó la ley de Moisés turbar el reposo á sus vecinos. El odio que las naciones paganas concibieron contra ellos, nació de una ciega prevención, y no de motivos de quejas, que les hubiesen dado los judíos.

3º Arguyen que la *religion* favorece el despotismo de los príncipes, y manda la esclavitud de los pueblos. En el artículo *Despotismo* hicimos ver la falsedad de esta calumnia, que solo sirve para probar el odio de los incrédulos contra toda especie de autoridad, igualmente que contra la *religion*.

4º Nuestros censores atrabillarios registraron todas las historias para reunir todos los crímenes de que pudo ser causa el celo de la *religion*. En el artículo *Celo de Religion* hemos hecho ver que muchos de estos pretendidos crímenes fueron acciones legítimas, y que los demás fueron sugeridos por pasiones imperiosas, y no por amor á la *religion*.

RELIGION CRISTIANA. V. *CRISTIANISMO*.

RELIGION FALSA. Solo á Dios toca prescribir el modo con que quiere ser honrado; y una vez que se dignó instruir á los hombres en este punto, todos están obligados á conformarse con su palabra; cualquier otro culto debe desagradarle como aborrido, falso y supersticioso. Ya hemos enseñado que desde la creacion enseñó Dios al primer hombre lo que debía creer y practicar, le mandó que trasmitiese á sus hijos esta religion, y vemos que la observaron fielmente los patriarcas. Despues de la dispersion de las familias olvidaron muchos las lecciones que habian recibido y el culto que vieron practicar á sus padres; forjaron segun su capricho una *religion falsa*, y la transmitieron á sus descendientes.

Tambien hemos observado mas de una vez la facilidad con que los hombres mas rudos pasaron de la creencia de un solo Dios al politeísmo, por la propension que todos tienen á suponer espíritus, genios, demonios inteligentes y poderosos en todas las partes de la naturaleza; luego que creyeron que eran los distribuidores de los males y bienes de este mundo, no podian dejar de darles un género de culto; por otra parte, todas las pasiones contribuyeron á introducir este abuso y singularmente el interes: el hombre creyó que un solo Dios cargado con el gobierno de todo el universo no podria atender á sus necesidades; y á sus deseos, ni proveer á ellos con la prontitud necesaria, y quiso poner un Dios particular para cada objeto de sus votos: le fué preciso poner uno para las mieses, otro para las vendimias, otro para los frutos de los jardines, otro para los rebaños, etc.

La vanidad: cada particular dijo: Mi vecino tiene su Dios, ¿por qué no he de tener yo el mio? Quiso tener en su casa un templo, un altar y un aparato de culto, lisonjeándose de conseguir beneficios en proporcion de los honores que le tributaba; y de los gastos que hacia en su obsequio: vemos un ejemplo de esto en la historia de Michas, que refiere el libro de los *Jueces*, cap. 17. Cuando un chino se descompona con su dios, llena de golpes á su idolo, le pisa, le arrastra por el lodo, y le echa en cara los honores que le dió sin ningun fruto.

La envidia: un hombre envidioso por la prosperidad de su vecino pensaba que este feliz mortal tenia un dios á su servicio, y se prometia la misma felicidad á igual precio. Aun se hallan en el día almas viles corroidas por la envidia que atribuyen á la magia y á los sortilegios la prosperidad de sus rivales. El odio persuade á un mal corazón que el dios de su enemigo no puede ser el suyo. Esto nos da pensar de los particulares se extendió con el tiempo á las naciones: cuando los romanos atacaban á una ciudad, invocaban á sus dioses, les prometian templos, altares, honores, el derecho de ciudadanos de Roma, solo con la condicion de que no protegiesen al pueblo atacado. Asi tambien los filisteos, cuando se hicieron dueños del Arca de la Alianza, creyeron que el Dios de los israelitas los habia abandonado y trataba de proteger á los filisteos; *L1* de los *Rey.*, c. 4. Los incrédulos acusan á la *religion* de haber causado los odios nacionales; al contrario, las guerras frecuentes produjeron hasta en las naciones salvajes, la diferencia de dioses y la variedad de *religiones*.

La molice y la independencia: un culto público determinado y sujeto á fórmulas inviolables, es incómodo; es mucho mas cómoda una *religion* doméstica que se arroja como se quiere. ¿Cuántos absurdos no son capaces de mezclar en el culto divino los entendimientos extravagantes? Por eso Dios prohibe á los israelitas hacer ofrendas ó sacrificios, ó inmoliar víctimas en otro lugar que en el Tabernáculo ó en el templo, conociendo que el mas mínimo cambio en el ceremonial daria margen á algunos errores.

Podemos añadir el libertinaje de entendimiento y de corazón: el hombre llevó la corrupcion hasta el extremo de atribuir á sus dioses sus propias pasiones, y crear divinidades para que presidiesen á sus vicios: el furor y la venganza, el robo y la rapita, los placeres de la mesa y de la crapula, y los mas sucios deleites no quedaron sin dioses tute-

lares. ¿Podia llegar á mas el desprecio de la Divinidad y el delirio en materia de *religion*? El autor del libro de la *Sabiduría* dice con sobrado fundamento que el politeísmo y la idolatría fueron el origen y el colmo de todos los delitos, xiv, 27.

Es muy fácil abandonar una verdad que incomoda á las pasiones por un error que las lisonjea; renunciar este error para volver á la verdad, es una conversion para la cual se necesita toda la fuerza de la gracia de Dios, y regularmente todo el aparato de prodigios y milagros. Los mismos monumentos que nos enseñan que los pueblos pasaron del culto del verdadero Dios al politeísmo, no nos refieren que ninguna nacion volviése por si sola del politeísmo al culto de un solo Dios.

Este hecho indispensable la demuestra: 1º que fué indispensable una revelacion primitiva para prevenir los extravíos del hombre en materia de *religion*; 2º que cuando esta desgracia llegó á verificarse y echar raíces el error, fué indispensable otra para introducir un nuevo orden de cosas, y sacar á los hombres de su ceguera; 3º que excepto la unica *religion* establecida por Dios, todas las demás son falsas, y que Dios mismo no podria aprobarlas sin autorizar todos los crímenes. Por consiguiente, los incrédulos nos acusan con mucha injusticia de temeridad, de orgullo y de crueldad, porque aseguramos que todos los que siguen una *religion falsa* están excluidos de la salvacion ó no ser que los excuse una ignorancia invencible.

Se disputa sobre cual es menor mal, tener una *religion falsa*, ó no tener ninguna: solo los ateos tienen interes en sostener que las *religiones falsas* causaron mas males que el ateísmo, y Bayle empleó toda su sutileza para sostener esta paradoja; pero no pudo conseguirlo, porque es muy evidente lo contrario. No hay ninguna *religion* que no conciba á Dios como legislador supremo, decidido á recompensar la virtud y á castigar el vicio en esta vida ó en la otra. Esta creencia no solamente es muy útil, sino absolutamente necesaria, para fundar la sociedad y mantener el orden moral entre los hombres. En otros artículos hemos probado que sin esto no tendrian freno las pasiones humanas, y que rigorosamente hablando, sin esto no habria obligacion moral, ni vicio ni virtud.

Además del paganismo, que es aun en nuestros días la unica *religion* de los pueblos ignorantes, se debe notar entre las *falsas religiones* la de Zoroastro ó de los parsís, la de los literatos chinos, la de los indios, el mahometismo y el judaísmo. Este fué en otro

tiempo una *religion* verdadera; pero Dios no la instituyó sino por un tiempo determinado, y no puede serle agradable despues de la institucion del cristianismo. Ya hablamos de todas estas *religiones* en sus articulos respectivos, donde hacemos ver las pruebas de su falsedad. No ponemos en la misma linea las diferentes sectas protestantes, ni las de los cismáticos orientales; estas son herejías, y no *religiones* absolutamente contrarias al cristianismo.

Un sabio académico hizo poco há el paralelo de los tres mas célebres fundadores de falsas *religiones*, á saber: de Zoroastro, Confucio y Mahoma. Haciendo toda la justicia debida al talento de su autor, creemos que su obra tiene defectos esenciales. 1.º Nos parece haber suprimido en mala ocasion las acusaciones mas importantes, así contra la conducta de estos tres fundadores, como contra su doctrina, porque para la exactitud del paralelo no debia haber omitido ninguna; y parece haber alabado ó disculpado muchos rasgos que son vituperables. 2.º Prodigia con sobrada lijereza el titulo de grandes hombres á estos famosos personajes, y no vemos qué fundamento pudo tener para dar este titulo á unos ambiciosos que trataron de seducir á sus semejantes solo con el objeto de dominarlos, é infestaron el universo con una multitud de errores muy perniciosos. Tal fué por lo menos el caracter de Zoroastro y el de Mahoma. 3.º Cuando se trata de Moisés, de sus dogmas, de sus leyes y de su moral, el autor parece que quiere ponerlo, si no inferior, al menos igual á los otros tres fundadores. En un tiempo en que la incredulidad se presenta bajo todas las formas y se difunde de todas las maneras posibles, nunca se excede un autor en tomar las mayores precauciones para evitar toda especie de sospecha.

RELIGION JUDAICA. V. JUDAISMO.

RELIGION NATURAL. Se ha hecho en nuestros dias un extraño abuso de este término. Sostienen los deístas que no debe admitirse ninguna *religion* revelada, que todas las revelaciones son falsas, que es necesario atenderse á la *religion natural*. Para explicar lo que entienden por aquella, dicen que la *religion natural* es el culto que la razon, abandonada á sí misma y á sus propias luces nos enseña que es necesario tributar á Dios. Hemos hecho ver ya en las palabras Deísmo y Razón que esta definicion es capciosa y falsa.

En efecto, por la razon abandonada á sí misma, ó se entiende la razon de un salvaje criado en las selvas, entre los animales, que

no ha recibido lecciones ni educacion de nadie; en este sentido preguntamos que especie de *religion* puede formar este bruto con la figura humana: ó se quiere hablar de la razon de un ignorante, nacido en el seno del paganismo; entonces sostenemos que juzgará que la *religion* pagana es la mas natural y razonable. Así lo han juzgado los mismos filósofos cuya razon era por otra parte la mas cultivada é ilustrada. Cuando se les ha predicado el culto de un solo Dios, espíritu puro y criador, han decidido que esta *religion* era falsa y contraria á la razon.

Si se entiende la razon de un filósofo educado é instruido en el cristianismo, es un absurdo decir que su razon ha sido abandonada á sí misma y á sus propias luces, puesto que desde la infancia ha sido ilustrado por las lecciones de la revelacion: no es menos ridiculo llamar *religion natural* á los dogmas y al culto que un filósofo así instruido quisiera adoptar. Es, pues, evidente que la pretendida *religion natural* de los deístas, es una quimera que jamás ha existido mas que en su cerebro.

¿Se llamará *religion natural* á esta cuyos dogmas todos y preceptos son demostrables? No estaremos mas adelantados por ellos. Lo que es demostrable á un filósofo, no lo es á un ignorante; el dogma de la creacion que demostramos muy bien, gracias á la revelacion, ha parecido falso é imposible á todos los antiguos filósofos.

¿Es necesario, pues, desterrar del lenguaje teológico el nombre de *religion natural*? No, sin duda, mas es necesaria fijar su sentido y evitar su abuso. Se puede muy bien llamar así la *religion* primitiva que ha prescrito Dios á nuestro primer padre y á los patriarcas sus descendientes, puesto que era muy conforme á la naturaleza de Dios y á la naturaleza del hombre, en las circunstancias en que se encontraba entonces la humanidad. Mas era sobrenatural en otro sentido, puesto que era revelada, y sin esta revelacion los hombres no hubieran sido capaces de inventarla; lo probaremos al punto.

La Sagrada Escritura no ha conservado el simbolo, las prácticas y la moral de la religion; Job lo enseña expresamente en su libro, y Moisés supone este catecismo en los suyos. Los patriarcas han creído que Dios es puro espíritu, criador y gobernador único del mundo y soberano legislador, que el hombre eriado á la imagen de Dios tiene un alma espiritual, libre é inmortal, que despues de esta vida habrá una felicidad eterna, destinada á recompensar á los justos, y unos su-

plicios eternos para castigar á los malvados; mas han creído tambien la caída del hombre y la venida futura de un mediador. Moisés no ha hecho mas que repetir á los judios la creencia de sus padres, y Jesucristo ha confirmado sus articulos en su Evangelio. En la palabra *Culto* hemos hecho ver en qué consistia el de los primeros hombres, é independientemente de la moral prescrita en el Decálogo y en los escritos de Job, los patriarcas lo han enseñado por sus ejemplos lo mismo que por las lecciones que han dado á sus hijos.

No se veia entre ellos el politeísmo absurdo, ni la idolatría grosera, ni los usos bárbaros, ni los desórdenes vergonzosos que han reinado en todos los pueblos del mundo. Luego si estos antiguos justos han seguido el dictámen de la razon, es porque estaban iluminados por una luz superior y conducidos por las lecciones del mismo Dios. El hecho de la revelacion primitiva está probado en otra parte.

1.º En la Historia santa, que nos representa á Dios conversando con Adán, con Abel y Cain, con Noé y su familia, é instruyéndolos como un padre instruye á sus hijos. Concede el mismo favor al patriarca Abraham, á Isaac y á Jacob. Los incrédulos no tienen ninguna razon sólida para negar ó poner en duda este hecho importante. La tradicion se ha conservado en la mayor parte de los pueblos; y han estado persuadidos que desde la infancia del mundo los dioses habian conversado con los hombres.

2.º Los monumentos de la historia profana convienen con los escritores sagrados para enseñarnos que la primera religion de los pueblos antiguos ha sido el culto de un solo Dios, pero que insensiblemente han caido todos en el politeísmo y en la idolatría. V. PAGANISMO, § 2 y 3. Si la *religion* primitiva hubiese sido obra de la razon, cómo hubiera podido corromperse por el razonamiento? Hubiera seguido sin duda la marcha natural de los conocimientos humanos; hubiera llegado á ser mas pura, mas firme y mas uniforme á medida que la razon hubiera hecho progresos: todo al contrario, los pueblos que mas han adelantado en las demas ciencias han parecido mas ciegos y mas estúpidos en materia de *religion*. Los caldeos, los egipcios, los griegos y los romanos no han pensado mejor sobre este punto que las naciones mas bárbaras.

3.º Los incrédulos, admirados de este fenómeno, han imaginado que el paganismo, con sus supersticiones, era la obra de algunos impostores que han seducido los pueblos:

esto es un error. Hemos probado mas de una vez que ha venido de un enlace de falsos razonamientos. Véase PAGANISMO, § 3; HELIENOS, § 3. Lo vemos por los libros de Diceron sobre la *Naturaleza de los dioses*, que son el resumen de los de Platon; por los escritos de Celso, de Juliano y de Porfirio que han discurrido sobre este objeto como el pueblo. Luego si la religion de los primeros hombres hubiese estado fundada sobre el razonamiento, hubiera sido la misma que la de los razonadores de que hablamos.

4.º Luego que el politeísmo y la idolatría han sido una vez establecidos, ningun filósofo se ha hallado bastante hábil para demostrar lo absurdo de ellos, y para atraer á los hombres al culto primitivo de un solo Dios; al contrario, todos han considerado á los judios y á los cristianos como unos infensatos, unos atos y unos impios, porque no querian ser politeístas. Luego con mayor motivo, en la infancia del mundo y antes del nacimiento de la filosofía, los hombres eran incapaces de formarse una verdadera nocion de la Divinidad y una *religion* razonable, si no hubieran sido iluminados por la revelacion. Los deístas se destruyen á sí mismos ó engañan á los ignorantes, cuando se lisonjean de haber inventado por sus propias luces el sistema de *religion* que llaman la *religion natural*.

5.º En fin, los dogmas de la creacion, de la caída del hombre y de la venida futura de un mediador, no son verdades que la razon humana pudiese descubrir cuando es abandonada á sí misma.

Está pues probado hasta la demostracion que la *religion* primitiva, que se llama comunmente la *ley de naturaleza*, ha sido una *religion* revelada, y que sin esta revelacion los hombres jamás habrian llegado á formarse una tan verdadera, tan pura y tan conforme á la recta razon.

Mas á qué nos exponemos? Cuánto mas exageres la impotencia de la razon, nos dicen los deístas, tanto mejor probais que los paganos son excusables por haber seguido una *religion* falsa y corrompida, y que Dios seria injusto si los castigase por ello. ¿Cómo conciliar esta doctrina con S. Pablo, que ha decidido que al menos los filósofos han sido inexcusables?

Hemos respondido ya en otra parte á esta objecion. 1.º Para saber hasta qué punto son excusables y punibles los paganos, seria necesario conocer hasta qué grado las pasiones voluntarias, tales como la negligencia, el orgullo, la obstinacion y la corrupcion del

corazon, han contribuido á ofuscar en cada particular las luces de la razón. Dios solo pudo juzgarlos, y no tenemos necesidad de saberlo. 2.º Además de estas luces naturales, Dios ha concedido á todos gradas interiores y sobrenaturales para conllevar; si los paganos hubiesen sido fieles en corresponder á ellas, las hubieran recibido mas abundantes. Esta es una verdad enseñada claramente en la Sagrada Escritura. Se dice, *Joan., 1, 9*, que el Verbo divino es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo, y el resto de este pasaje manifiesta bastante que se trata aqui de una luz sobrenatural. Así lo han entendido los PP. de la Iglesia; han aplicado al Verbo divino lo que se dice del sol, *salmo xviii, 7*, que *nada se sustraie á su calor*. S. Pablo invita á los fieles á orar por todos los hombres, puesto que Dios quiere que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad; lo quiere, porque Jesucristo es mediador por todos, y se ha entregado por la redención de todos. *I Tim., c. 2*. Esta voluntad no sería sincera, si Dios no concediese á todos las gracias necesarias para llegar al conocimiento de la verdad. Véase GRACIA, § 2; INFEL, etc. Los paganos son pues punibles por haber resistido á estas gracias.

Religiosa. Doncella ó viuda consagrada á Dios por los votos de castidad, pobreza y obediencia, y que se obligó á vivir en un monasterio con subordinación á una regla. Cuando el deseo de servir á Dios con mas perfección obligó á los hombres á retirarse á la soledad para dedicarse allí únicamente á la oración y á la mortificación, fueron bien pronto imitados por personas del otro sexo que abrazaron el mismo género de vida. La de los hombres principió en Egipto á mediados del siglo III, y desde el IV habla S. Basilio de conventos de religiosas con una superiora, á quien todas las demás debían obedecer; y les encarga los mismos deberes y las mismas prácticas que á los monjes. *Serm. ascet., n. 2; Op., tom. 2, pág. 326*; y S. Juan Crisostomo asegura en la *Homil. 8 sobre S. Mat., núm. 3, Op., tom. 8, pág. 126*, que en Egipto las comunidades de las vírgenes eran casi tan numerosas como los conventos de los cenobitas; y en la *Homil. 30 sobre la primera Epist. á los Corint., núm. 4, Op., tom. 10, pág. 274*, elogia á las viudas que celebraban las alabanzas del Señor de día y de noche. Además de estas vírgenes y viudas que vivían en comunidad, había tambien otras que vivían entre sus parientes, y solo se distinguían de las demás de su sexo por una vida

mas retirada, vestidos mas modestos, y una piedad mas ejemplar; pero parece que en el Oriente, en todas partes donde habia vírgenes, se juzgaba que era mas ventajoso que viviesen en comunidad en un mismo monasterio, y bajo una regla uniforme.

No sería fácil fijar la época en que principiaron las religiosas á profesar solamente la virginidad recibiendo el velo y el hábito monástico de su propio obispo: solo sabemos que Sta. Marcelina, hermana de S. Ambrosio, recibió el hábito de mano del papa Liberio, en la iglesia de S. Pedro de Roma, el día de la Natividad del Señor del año 352, á presencia de un inmenso pueblo. Pero no vemos que hubiese ya entonces monasterios de religiosas en el Occidente; dicen que en Francia no se fundaron los primeros monasterios de monjas hasta el siglo VII. Sin embargo hay un cánon del concilio de Epaona, celebrado en el año 517, que prohibe la entrada en los conventos de religiosas; por consiguiente ya lo habia entonces en Francia.

M. Languet prueba contra dom de Vert que desde el principio usaron las religiosas de un velo y un hábito que las distinguían de las otras personas de su sexo, y lo mismo aseguran S. Jerónimo, S. Ambrosio y Optato. Este último asegura que en el Milevitano. Este último asegura que en el Africa llevaban en la cabeza una especie de mitra ó coña de lana de color de púrpura; S. Jerónimo, en la *Epist. ad Demetriad.*, llama esta mitra *fanneum virgineale*. En el siglo III, Tertuliano, en su tratado de *Virginibus relectis*, no solo habla de las vírgenes consagradas á Dios, sino tambien de todas las doncellas, cuando quería que tuviesen toda la cabeza cubierta. En los últimos siglos las diferente congregaciones de religiosas que se instituyeron adoptaron el vestido de luto de las viudas del país donde se establecieron, y este exterior bastó para distinguirlos de las mujeres seculares.

En el siglo V ocurrió que tuvieron los padres la crueldad de obligar á sus hijas á meterse religiosas, y para evitar este desorden S. Leon I prohibió en el año de 453 que se diese el velo á las doncellas antes de cuarenta años. El emperador Mayoriano confirmó esta prohibición con una ley; y el concilio de Agla, celebrado en el año de 506, hizo lo mismo en el cánon 19. Tambien citan en favor de esta disciplina un concilio de Zaragoza celebrado en el año de 392; pero se debe tener presente que estos concilios se celebraron en tiempo de los reyes visigodos, que profesaban el arrianismo: de donde pode-

mos inferir que el desorden que querían remediar era una consecuencia de la grosería de las costumbres y de la irreligión que introdujeron los bárbaros en Occidente. La misma disciplina sería superflua cuando llegaron á dulcificarse las costumbres y á cesar los abusos, por lo que se permitió despues que las vírgenes profesasen á la edad de 25 años. El concilio de Trento fijó la edad de 17, y una real orden del mes de marzo de 1766 la fijó á los 18 años.

Las leyes eclesiásticas mas antiguas respecto á la clausura fueron muy severas: los cánones del siglo IV que prohiben á los obispos la entrada en los conventos de religiosas sin necesidad, y sin ir acompañados de eclesiásticos venerables por su edad y por la piedad de sus costumbres. Esta severidad era necesaria, singularmente en el Africa y en el Oriente, donde las mujeres estuvieron siempre mas recogidas que en el Norte, y donde la menor familiaridad con los hombres bastaría para hacer sospechosa su conducta. En nuestros climas septentrionales, donde hay mas dulzura de costumbres, y donde es mas libre la sociedad entre los dos sexos, se dispensó esta austeridad, sin que resultasen graves inconvenientes. Hay casas de jóvenes sin clausura donde las costumbres son tan puras como entre las que guardan la clausura mas severa. Pero esto no es una razon para atentar contra la antigua disciplina, ni para reprobar las precauciones que tomó siempre la Iglesia para conservar en los claustros la mas perfecta regularidad.

Las comunidades mas encerradas y que tienen menos comunicacion con los seculares, son regularmente las mas arregladas, mas pacíficas y mas felices. Bien sabido es que se prohibió con pena de excomunion á las personas seculares la entrada en los conventos de religiosas sin necesidad y sin permiso de los superiores eclesiásticos.

Al principio las jóvenes que abrazaban la vida religiosa no tenían mas designio que servir á Dios con mas perfección que en el siglo, y santificarse con la oración, con el silencio, la mortificación y los servicios de caridad reciproca; y esta es aun en nuestros días la ocupacion esclusiva de todas las religiosas en Oriente. Pero despues de varias desgracias que sobrevinieron á la Europa, se formaron diferentes congregaciones de amor los dos sexos, que se consagraron al servicio del público. Píadasas vírgenes se encargaron de cuidar á los pobres y enfermos, ya en los hospitales, ó ya en sus casas; de educar é instruir á los niños expósitos ó huérfanos de

las escuelas de caridad; de separar del desorden á las personas de su sexo, etc.

Un filósofo de nuestro siglo, aunque obstinado en declamar contra los claustros, no pudo menos de admirar la caridad y la constancia de las *hospitallerias*. Véase este articulo de las *hospitallerias*. Véase este articulo de los *hospitallerias*. Véase este articulo de los *hospitallerias*. Véase este articulo de los *hospitallerias*.

Preguntan : 1.º ¿Qué necesidad tenemos de conventos? Porque se necesitan asilos para la virtud, y buenos ejemplos habituales para sostener la piedad. 2.º ¿A qué cerrojos y cadenas? Para poner á las religiosas á cubierto de los libertinos, y su reputacion al abrigo de las calumnias de los malvados. 3.º ¿A qué viene el hacer votos? Para fijar la inconsciencia natural de la humanidad, y dar mas mérito á las buenas obras. 4.º ¿Para qué un celibato perpetuo? Porque las vírgenes que piensan establecerse en el mundo tienen otros cuidados que el de consagrarse á los deberes de caridad y de utilidad pública; y uno de estos designios no es compatible con el otro.

Sin embargo, dicen y sostienen por escrito que las religiosas son mujeres robadas á la sociedad civil y muertas para su patria. Al contrario, la mayor parte de ellas se dedican al servicio de la sociedad civil, y por consiguiente son mas útiles á la patria que las que envejecen en el mundo en un celibato voluntario ó forzoso. Estas últimas, si son ricas, pasan regularmente la vida en un círculo de diversiones pueriles, y mueren sin haber hecho servicio alguno á la sociedad; y si son pobres, carecerán de todo recurso, y están expuestas á perecer de miseria.

Añaden que su excesivo número es capaz de despoblar un estado. La dificultad está en saber cuál debe ser este número; en el día es menor en Francia que nunca, guardada la proporcion. Mientras que la multitud de jóvenes solteras excede el número de religiosas, un número excesivo de jóvenes perdidas corrompen los matrimonios y pervierten las costumbres, y al paso que el lujo absorbe la mayor parte de la poblacion, es bien extraño que se atribuya la disminucion de esta á la multitud de conventos.

En el concepto de nuestros políticos reformadores, la mayor parte de las religiosas tienen una vocacion forzada, y son victimas de la vanidad, de la ambicion y de la crueldad de sus padres. Imposura grosera. La Iglesia tomó siempre todas las precauciones posibles para que la profesion religiosa jamás fuese violenta. Una noticia es siempre examinada, antes de profesar, por el obispo, ó por un

eclesiástico encargado por él, que la explora, preguntándola bajo juramento si fué forzada ó seducida, ó llevada de motivos sospechosos para tomar el hábito; si conoce los deberes á que queda obligada por los votos, etc. Para que el obispo ó su comisionado se equivoque, es preciso que la misma novicia le engañe, igualmente que la comunidad y sus padres. Si después se sabe que faltó libertad á la novicia, se declaran nulos los votos. Además, unos padres tan bárbaros é impíos que forzasen á una hija á tomar el velo, ¿no tendrían bastante dominio para obligarla á vivir en el celibato hasta su muerte? Con que siempre habría casi los mismos inconvenientes, aunque no existieran conventos.

Una prueba evidente de la libertad con que las jóvenes entran en la religión, es que en las mismas comunidades en que no se hacen más que votos simples ó temporales, rara vez se nota que dejen el velo para volver al siglo. Un soberano de Europa dejó vacíos hace poco un gran número de conventos, pensando las religiosas para que viviesen con libertad en el siglo: ¿fueron muchas las que se aprovecharon de esta licencia? Unas se retiraron á los conventos que quedaban; otras buscaron un asilo en otros países; y muchas le hallaron en Francia bajo la protección de una augusta princesa, que fué el ornamento del estado religioso.

227 La constancia, fidelidad y cristiano heroísmo de las monjas de España prueban esta verdad. Ni las promesas, ni las amenazas, ni la seducción, ni el hambre y las miserias han sido bastantes para separar á las religiosas de sus sagrados compañeros. Finalmente, dicen nuestros filósofos que la educación de las jóvenes en los conventos nada vale; y nosotros sostenemos que es preferible á casi todas las educaciones domésticas. La perversidad de las costumbres públicas, el lujo, la molición, la disipación de sus madres, los riesgos que corren por parte de los criados, la ineptitud de los padres á quienes falta educación, la excesiva ternura, etc., serán siempre obstáculos invencibles para la educación ventajosa de las mujeres. Es generalmente útil que los niños tengan un alimento sencillo y frugal, mucho ejercicio, entretenimientos, alegría, y que estén en una igualdad perfecta con los de su edad, reprimiéndose y corrigiéndose unos á otros, etc.; y esto es acaso más necesario para las niñas que para los niños. Anádamos que si la educación que dan las religiosas, no es más perfecta, es por culpa de los padres, que se empeñan en que sea

según su gusto depravado é ideas torcidas. **Religiosidad.** V. ROMANTISMO RELIGIOSO. **Religioso.** V. MORAL.

Reliquias. Esta palabra sale del latín *reliquia*, y significa los restos de un santo después de su muerte, sus huesos, sus cenizas, sus vestidos, etc., que se guardan respetuosamente para honrar su memoria.

Los protestantes acriminan á la Iglesia católica el culto que dan á las *reliquias* de los santos: dijeron y repiten que es un culto supersticioso tomado de los gentiles, y que no se introdujo entre los cristianos hasta el siglo IV. El concilio de Trento decidió contra ellos en la ses. 25, que los cuerpos de los santos mártires y de los demás santos, que fueron miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, deben ser honrados por los fieles, *veneranda esse*; que por ellos concede Dios muchos beneficios á los hombres. Funda su declaración en la práctica establecida desde los primeros tiempos del cristianismo, en el sentir de los santos PP. y en los decretos de los concilios. Manda que en este culto se destierre todo abuso, toda ganancia sordida y toda indecencia. Prohíbe exponer nuevas *reliquias* sin conocimiento y aprobación de los obispos, y les encarga instruir con el mayor cuidado á los pueblos de sus diócesis en la doctrina de la Iglesia sobre este punto.

Como los protestantes no admiten más autoridad que la de la Sagrada Escritura, debemos principiar por sus testimonios. En el lib. IV de los *Reyes*, xiii, 21, se refiere que fué resucitado un muerto por el contacto de los huesos del profeta Eliseo. En los *Hechos apostólicos*, xiv, 12, vemos que los pañuelos de S. Pablo curaban los enfermos solo con tocarlos. ¿Por qué no ha de ser permitido respetar y honrar las *reliquias* por medio de las cuales se digna Dios hacer milagros?

Algunos comentaristas protestantes dicen que de aquí no se sigue que los huesos del profeta Eliseo tuviesen una virtud divina y milagrosa, sino que Dios quiso en aquellas circunstancias hacer un milagro, para confirmar la misión de éste profeta, dar más peso á sus predicciones, y alzar más y más entre los judíos la fe de la resurrección futura. Está bien, pero ¿los milagros que hicieron en la Iglesia las *reliquias* de los santos no deben producir el mismo efecto? Estos milagros prueban la virtud de los santos á quienes el mundo no hizo siempre justicia; dan un nuevo peso á sus lecciones y á sus ejemplos; confirman las promesas de Jesucristo respecto á la resurrección futura y á

la inmortalidad bienaventurada, y sirve muchas veces para la conversión de los incrédulos y herejes. Por lo mismo no son estos milagros ni ridículos ni increíbles, por más que digan los protestantes; y sirven de prueba contra su doctrina.

En el c. 46 del *Eclesiástico*, v. 12, hablando de los jueces que fueron fieles á Dios, dice: «Su memoria sea bendita, y sus huesos germinen en su tumba.» Lo mismo repite en el c. 40, v. 12, hablando de los doce profetas menores. Este era un testimonio de la resurrección de la carne; y por la misma razón honraron siempre los cristianos las *reliquias* de los mártires.

En el c. 6 del *Apocal.*, v. 9, dice S. Juan: «He visto debajo del altar las almas de los que murieron por la palabra de Dios, y para dar testimonio de Jesucristo.» No hay duda que de aquí nació la costumbre de colocar las *reliquias* de los santos debajo de los altares y de ofrecer los santos misterios sobre sus sepulcros. Beausobre, en sus *notas* sobre este pasaje, dice que nunca se creyó que estas palabras de San Juan servirían para autorizar la práctica de poner las *reliquias* de los mártires debajo de los altares en todas las Iglesias; y que esta costumbre supersticiosa no comenzó hasta el siglo IV. Al mismo tiempo confiesa que esta costumbre provino de que los cristianos se reunían donde estaban los cuerpos de los mártires en el aniversario de su fallecimiento, que allí celebraban el oficio divino y consagraban la Eucaristía. Haremos ver que esto se verificó desde principios del siglo II. No basta manifestar extrañeza, sino que debía probar que esta costumbre de los primeros cristianos era supersticiosa y abusiva. Otros dijeron que este discurso de S. Juan es figurado, que era una visión que nada probaba, y que la costumbre de poner las *reliquias* debajo del altar no principió hasta el siglo IV, y que antes de él ningún vestigio se encuentra de semejante costumbre. Aun cuando este hecho fuese cierto, era preciso hacer ver que los cristianos arguyen sin razón, fundándose en esta pretendida visión; pero la época de la costumbre en cuestión es falsa: vamos á probarlo.

En las *Actas del martirio de S. Ignacio*, que sucedió el año 107, en el c. 6, leemos: «Solo nos quedaron los mas duros de sus *santos huesos*, que fueron trasportados á Antioquia y reservados en una urna como un tesoro inestimable de la santa Iglesia en consideración á este martirio.» Cap. 7. «Hemos anotado cuidadosamente el tiempo y el día, para

que reuniéndonos al tiempo de su martirio, testifiquemos nuestra comunión con este valeroso atleta y mártir de Jesucristo.» En las del martirio de S. Policarpo del año 169, c. 17, se dice: «El demonio hizo los mayores esfuerzos para que no pudiésemos traer sus *reliquias*, por mas que muchos desearan verificarlo y comunicar con su santo cuerpo. Sugirió, pues, á Nicetas que impidiese al próconul el que nos entregase su cuerpo para sepultarle, temiendo, dice, que los cristianos abandonen el Crucificado, para honrar este mártir.... No sabían que jamás podíamos dejar á Jesucristo ni dar su honor á otro. Nosotros le adoramos como Hijo de Dios, y honramos con razón á los mártires como á sus discípulos é imitadores...» Cap. 18. «Sin embargo, hemos podido coger sus huesos, más preciosos que el oro y la pedrería, y los hemos colocado con la debida decencia. ¡Si nos reuniésemos en este mismo lugar cuando podamos, nos concederá Dios el favor de que celebremos aquí el día natal de su martirio, bien para conservar la memoria de los que ya padecieron, ó bien para excitar el celo y constancia de los que vivimos para imitarlos!»

A estos testimonios del siglo II responden con frialdad los protestantes que no hay en ellos ningún vestigio del culto, singularmente del culto religioso; que los cristianos descaaban los cuerpos de los mártires únicamente para enterrarlos, que los colocaban con la debida decencia, esto es, en un cementerio, y declaran que no pueden honrar á ninguna otra persona que Jesucristo.

Nosotros les replicamos: 1.º que nuestros adversarios deberían explicar de una vez para siempre qué es lo que entienden *por culto y culto religioso*. Ya hemos observado muchas veces que la palabra *culto*, honor, respeto y veneración son exactamente sinónimas, y que un culto es religioso cuando se dirige á reconocer en un objeto una excelencia, un mérito y una cualidad sobrenatural que viene de Dios, que dice orden á la gloria de Dios y á nuestra salvación. Soslenemos que los primeros fieles reconocían en las *reliquias* de los mártires una excelencia y un mérito de esta especie, porque los llaman *santos cuerpos, santos huesos, un tesoro más precioso que el oro y la pedrería, etc.*, y que honrándolos de este modo creían *comunicar* con los mismos mártires.

2.º Honrar á los mártires como discípulos é imitadores de Jesucristo, celebrar las asambleas cristianas en sus sepulcros, y la fiesta de su martirio para excitarse á imitar su celo y su constancia, ¿es acaso un culto pura-

mente civil que no tiene relación alguna con Dios ni con la vida eterna? Si los cristianos no hubieran dado a los mártires un culto religioso, los paganos y los judíos no hubieran pensado en creerlos capaces de abandonar al Crucificado para dar culto en su lugar á S. Policarpo. Cuando los protestantes nos arguyen que en los tres primeros siglos los judíos y paganos no acusaron á los cristianos de que daban culto á los mártires, faltan á la verdad, porque en las actas de S. Policarpo, ya citadas, del siglo II, tenemos una comparación entre el culto de los mártires y el del Crucificado. Los cristianos se defienden con razón, haciendo visible la diferencia entre la adoración que se dirige á Jesucristo, y el honor que daban á los mártires.

3º Mas sincero en este punto Beausobre que los demás protestantes, reprende á los primeros cristianos: En ellos, dice, noto un afecto á los cuerpos de los mártires demasiado humano. Esta es una pequeña debilidad que nace de un afecto laable, y puede disculparse. Por lo demás el culto conservaba su pureza; los cuerpos de los mártires, no estaban en las iglesias ni menos en las urnas, expuestos á la veneración pública, y colocados sobre los altares. *Hist. du Manich.*, l. 9, c. 3, § 10, t. 2, p. 646. Se equivocó: las actas de S. Ignacio dicen expresamente que sus huesos mas duros fueron colocados en una urna. No habia necesidad de colocarlos en una iglesia, porque el lugar de la sepultura de los mártires era una iglesia ó sitio donde se congregaban los cristianos. No las ponían sobre el altar sino debajo, como se dice en el Apocalipsis. ¿Podían darles un culto mas profundo y mas religioso que ofrecer sobre sus reliquias el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo?

Este crítico no quiere dar crédito á S. Juan Crisóstomo, que asegura que los huesos de S. Ignacio, colocados en una urna, fueron conducidos en hombros por los fieles desde Roma hasta Antioquia; que los cristianos de las ciudades por donde pasaban salían á encontrarlos, conduciéndolos en procesion y como en triunfo las reliquias del santo mártir. *Iom. in S. Ignat., n. 5, Op., t. 2, p. 600.* Este es, dice Beausobre, un orador que habla y atribuye á los siglos anteriores la moral y las costumbres del suyo. Pero se olvida de que S. Juan Crisóstomo era de la misma Antioquia, que hablaba con sus conciudadanos de un hecho en que estaban tan bien instruidos como él, porque habia sucedido en su país hacia menos de trescientos años. Y cómo podia dejar de conservarse en la Iglesia de

Antioquia una tradicion tan interesante por espacio de tres siglos?

Tertuliano, que vivió á fines del siglo II y á principios del III, aplicó á los mártires las palabras de Isaías, x, 2: *Será glorioso su sepulcro.* Hé aquí, dice, el elogio y la recompensa del mártir. *Scorpiac.,* vi, 11. ¿Cuál es la gloria que Dios prometió al sepulcro de los mártires, sino el culto de sus reliquias?

Juliano, en sus libros contra los cristianos, confiesa que antes de la muerte de S. Pedro ya se daba honor á los sepulcros de S. Pedro y S. Pablo, aunque en secreto. *S. Cirilo, l. 10, p. 327.* Por consiguiente el culto principió á fines del siglo I. ¿Hubiera hecho esta confesión Juliano si no estuviera seguro de la verdad del hecho, acusando por otra parte á los cristianos de haber llenado el universo de sepulcros y monumentos, de invocar en ellos á Dios, y de prosternarse á su presencia? *Ibid.,* p. 323 y 329.

Por lo mismo es contra toda verdad lo que aseguran los protestantes, que antes del siglo IV no se halla en los monumentos del cristianismo ningun vestigio del culto que se daba á las reliquias de los santos. Reconviene mas de una vez á S. Gregorio Taumaturgo por haber tolerado las prácticas de los paganos en las fiestas de los mártires: este santo murió hacia el año 270, el culto de los santos mártires y sus reliquias estaba por consiguiente establecido en el siglo III y aun en el II, inmediatamente despues de la muerte de S. Juan.

Además, aun cuando efectivamente no hubiera ninguna prueba positiva de esta verdad, todavia tendríamos derecho para suponer que este culto se practicó en todos tiempos. En el siglo IV, se hacia profesion de no inventar nada, ni de introducir novedad alguna en el culto, sino seguir lo que estaba establecido desde el tiempo de los apóstoles. ¿Quién se puede figurar que todos los cristianos dispersos entonces por todo el Oriente y Occidente, aunque prevenidos de aversión hacia 300 años contra toda práctica, que se resistiese de paganismos, tomasen instantáneamente de los paganos la costumbre de honrar las reliquias de los santos como quieren persuadirlo los protestantes? ¿Creeremos que todos los obispos del mundo cristiano fueron tan condescendientes con el pueblo, ó tan laxos y prevaricadores, que dejaron introducir en todas partes este nuevo culto, sin que ninguno reclamase contra tan importante abuso? Últimamente ¿seremos capaces de creer que entre veinte sectas de herejes ó de cismáticos que se levantaron en el siglo IV,

como los donatistas, los novacianos, cuartodecimanos, fodinianos, macedonianos, etc., no se halló un solo sectario, excepto el arriano Eumonio, que se atreviese á reclamar contra la nueva supersticion, que debían introducir, y aun aplaudian los PP. de la Iglesia?

En el año de 406, renovó Vigilancio los clamores para reñirle no solo alegando los testimonios de la Sagrada Escritura, que ya hemos citado, sino tambien la práctica constante y universal de las diferentes Iglesias cristianas. Este no era, pues, un uso nuevo introducido solamente en algunas, sino establecido generalmente en todas. Cuando Nestorio y Eutiques se separaron de la Iglesia en el siglo V no censuraron esta práctica, y asi todavía subsiste entre sus sectarios. *Perpet. de la fe, tom. 5, lib. 7, cap. 4; Asseman, Biblioth. orient., tom. 4, cap. 7, § 18.* En el mismo siglo echaba en cara Fausto el maniqueo á S. Agustín que los católicos habian sustituido el culto de los mártires al de los idolos del paganismos; pero no pretendia temer que era reciente este uso, y que no habia principiado hasta el siglo anterior y tampoco lo dijo nunca el mismo Vigilancio.

Cuando los protestantes nos hacen este argumento negativo. En los tres primeros siglos de la Iglesia, nadie se acuerda del culto de las reliquias, luego no subsistia semejante culto; además de la falsedad del hecho, que está completamente probada, nosotros los oponentes otra mas fuerte: á saber Los sectarios que en los siglos IV y V atacaron el culto de las reliquias no arguyen que habia sido introducido nuevamente hacia poco tiempo; luego era antiguo.

Para probar que tenia razon Fausto el maniqueo, y que el culto de las reliquias era tomado del paganismos, Beausobre hace un largo paralelo entre los honores que los paganos tributaban á los idolos, y los que dan los católicos á las reliquias; y estos honores, dice, son perfectamente iguales. Los católicos llevan en pompa las reliquias de sus santos, las coronan de flores, las rodean los individuos del clero con luces en las manos, y las besan con respeto, todo lo cual es un signo de adoración; las colocan en un lugar eminente sobre una especie de trono, celebrando en honor suyo funciones y festines precedidos de vigilijs nocturnas, les hacen ofrendas, y les dirigen sus oraciones; esto es cabalmente lo que hacian los paganos con los simulacros de sus dioses. *Hist. del maniq., lib. 9, cap. 4, § 7.*

Pero ¿qué responderia Beausobre si le dijeran, que á pesar de todo lo que quitan los protestantes respecto al culto exterior, aun conservan prácticas del paganismos? Ellos cantan salmos, reciben el bautismo, celebran la cena, y es constante que los paganos cantaban himnos en honor de sus dioses, se purificaban con abluciones, y celebraban oficios religiosos que los romanos llamaban *charistia*. ¿Diremos que por esto subsiste el paganismos en todas las sectas protestantes? Beausobre hubiera dicho sin duda que los paganos tomaron estos rios de los adoradores del verdadero Dios, y de la religion primitiva, que precedió al paganismos; que es imposible tener una religion sin practicar un culto exterior, que toda la diferencia que hay entre el culto verdadero y el falso consiste en que el primero se dirige al verdadero Dios y á unos seres verdaderamente dignos de respeto, y el segundo á ira veneración. Todo esto lo hicimos ver en el artículo Paganismo, § 8.

Vigilancio argüia como los protestantes, que nosotros adorábamos las reliquias de los santos mártires, y S. Jerónimo le responde: «Nosotros no servimos, ni adoramos las reliquias de los mártires, sino que las honramos, con el fin de adorar al verdadero Dios de quien son mártires.» *Epist. 37 ad Ripar.* Esta respuesta, dice Beausobre, es la de los filósofos paganos, y solo puede servir para justificar todo el paganismos: cita con este motivo un pasaje de Hierócles, que dice que el culto de los dioses debe dirigirse á su único Criador, que es propiamente el Dios de los dioses. *Bibliot. de los antig. filos., t. 2, pag. 6.*

Pero Beausobre bien sabia que esto era una impostura de Hierócles, platónico del siglo IV; que los antiguos filósofos paganos nunca hicieron diferencia entre los dioses inferiores y el Dios supremo; y que lejos de pensar que se le debía dirigir el culto exterior, opinaban que no se le debía ningun culto, y asi lo sostiene Porfirio, l. 2, de *Abstn.*, c. 34. Moesheim hizo ver que lo que dice Hierócles es un artificio tortuoso inventado por los nuevos platónicos para justificar el paganismos y hacer perjuicio á la religion cristiana. *Dissert. de turbat. per recentiores Platonicos Ecclesiá,* § 20 y siguientes. En el artículo IDOLATRIA, § 3 y 4, hemos probado que los paganos no adoraron jamás un Dios supremo, y que el culto de los dioses inferiores no podia dirigirse á él en manera alguna. Asi la respuesta de S. Jerónimo á Vigi-

lancio es sólida, y la erudición que ostenta Beausobre para probar la semejanza entre el culto de los católicos y de los paganos, es enteramente inútil. En el artículo PAGANISMO hicimos ver las contradicciones de este crítico protestante.

S. Cirilo, dicen nuestros adversarios, confiesa que el culto de las reliquias trae su origen de los paganos; así lo escribe Barbeyrac en el *Tratado de la moral de los PP.*, c. 15, § 24, num. 1. Es falso. Para responder á Juliano, que reprobaba el culto de los mártires y de sus reliquias, S. Cirilo le opone argumento personal, ó *ad hominem*: le pregunta si se deben reprobar los honores que dirigian los griegos á los que habian muerto por su patria, y los elogios que pronunciaban sobre sus sepulcros ó sobre sus reliquias. Como Juliano no se atrevió á censurar esta práctica, S. Cirilo concluye de aquí que los cristianos obraron bien, haciendo lo mismo con sus mártires. Pero antes de los abusos y excesos en que cayeron los paganos con sus héroes, los judíos respetaban los sepulcros de sus padres. Cuando Josias hizo desterrar á los ídólatras y quemar sus huesos, no permitió que tocasen en los de un profeta. L. IV de los Rey., c. 23 de S. Mat., v. 29. No reprehendió á los judíos porque adornaban los sepulcros de los profetas y de los justos; sino porque lo hacian por hipocresía, por aparecer mejores que sus abuelos. S. Pablo y el autor del *Eclesiástico* elogian á los santos del antiguo Testamento; y esto ha de ser un crimen, solo porque hicieron lo mismo que los paganos con sus héroes? Los primeros cristianos arreglaron su conducta, no al ejemplo de los paganos, sino á las lecciones y á los hechos de la Sagrada Escritura. Si fuese preciso abolir todas las prácticas, de que abusaron los paganos, tampoco sería lícito respetar á los reyes, porque los paganos dedicaron á los suyos. Despues de haber declamado tanto contra la pompa fúnebre, cayeron en ella los protestantes por un instinto natural, y muchos acostumbran á hacer elogio fúnebre de los muertos, cuando les dan sepultura. Esto será también imitar el paganismo según sus principios.

También nos arguyen que el culto de las reliquias dió margen á innumerables imposturas, á un tráfico vergonzoso, y á una falsa confianza y falsa piedad por parte de los pueblos, y á una superstición grosera. El mismo S. Agustín, en sus libros de la *Ciudad de Dios*, dice que no se atreve á referir todas las imposturas y abusos que se cometieron en esta materia.

Respuesta. Sin entrar en discusion sobre estos abusos, sostenemos que el odio de los protestantes contra el culto religioso de la Iglesia romana les hizo inventar mas mentiras, mas historias maliciosas y mas calumnias, que fraudes piadosos cometieron en este género los católicos de todos los siglos. La diferencia está en que los pastores de la Iglesia velaron y velarian siempre para prevenir y estorbar toda especie de abusos en el culto; pero entre los protestantes ninguno se erce con la obligación de impedir las imposturas, los engaños, las reconversiones calumniosas, y las fábulas rancias que están renovando cada dia contra las pretendidas supersticiones de la Iglesia romana. Las supersticiones, aunque vituperables, solo perjudicaban á los que tenían la debilidad de caer en ellas; pero el celo furioso de los protestantes, para destruir las, produjo las profanaciones, el pillaje, los incendios, las violencias, los asesinatos, é hizo correr rios de sangre por espacio de dos siglos, y singularmente en Francia; y si los calvinistas se viesen con fuerzas, renovarían estas escenas sangrientas, cuya memoria nos hace estremer. V. GUERRAS DE RELIGION.

Aplaudimos con gusto las sábias reflexiones del abate Fleury, que es preciso usar de prudencia y discernimiento en la elección de las reliquias; que no se tenga demasiada confianza aun en las que son mas auténticas, para miraras como medios infalibles de atraer sobre los particulares y sobre los pueblos toda especie de bendiciones espirituales y temporales. Decimos con él que, aun cuando tuviéramos los mismos santos vivos y presentes, y conversáramos con ellos, su presencia no nos sería mas ventajosa que la de Jesucristo, ni bastaría para santificarnos. El mismo lo declara en el c. 13 del *Evangelio de S. Luc.*, v. 26, diciendo: *Dirigis al padre de familia: Nosotros hemos comido y bebido con vosotros, y vos habéis enseñado en nuestras plazas; pero él os responderá: Yo no os conozco. Este es también el espíritu de los decretos del concilio de Trento en orden al culto de los santos, de sus imágenes y reliquias. Thiers hace ver los abusos que pueden cometerse en el culto de las reliquias. Trat. de la superst., p. 1, l. 4. V. SANTO, MARTIR, etc.*

Reloj. En la Sagrada Escritura se habla del reloj de Acaz. Leemos en el c. 20 del lib. IV de los Reyes, que habiendo sido Ezequias atacado de una enfermedad mortal, el profeta Isaias le dijo de parte de Dios: *Arreglad vuestros negocios, porque moriréis.* Este

príncipe hizo una fervorosa oración á Dios, pidiéndole con lágrimas su curación, y el profeta volvió al momento diciéndole: « El Señor oyó vuestra oración, sanaréis dentro de tres dias, é ireis al templo. *¿Qué signo me dats en prueba, replicó el monarca?* » Hé aquí el signo, responde el profeta, ¿ Queréis que la sombra del sol se adelante diez líneas ó las retrograde? Heosé, responde Ezequias, que las retrograde. Entonces á ruegos de Isaias hizo Dios que la sombra del sol retrogradase diez líneas en el reloj de Acaz. « El mismo hecho se refiere también en el c. 28 de *Isaias*, v. 4, y en el lib. II del *Paralip.*, xxxii, 24 y 31.

Se pregunta qué reloj ó cuadrante era este de Acaz, de qué modo se verificó la retrogradación del sol, y si fué verdadero milagro. Sobre este punto hay una disertación muy sabia en la *Biblia de Chais*, t. 6, part. 2, pág. 4. Vamos á extractarla.

1º Es constante que los relojes solares ó cuadrantes no eran conocidos en Babilonia, ni en todo el Occidente, hasta 362 años antes de Jesucristo; y por consiguiente 432 despues de la enfermedad de Ezequias: que los griegos no principiaron á usarlos hasta 285 años antes ó 167 despues de este acontecimiento. Pero no es menos cierto que los babilonios, siempre aplicados á la astronomía, fueron los inventores del cuadrante solar, que lo usaron mucho antes que los griegos, y que estos lo tomaron de aquellos. Herodoto lo asegura positivamente en el l. 2, c. 109. Por lo mismo no hay inconveniente en decir que Acaz, rey de Judá, que estaba en estrechas relaciones con el rey de Babilonia, y se habia hecho tributario de este monarca, recibió de él un cuadrante solar.

2º ¿ De qué modo estaba graduado este cuadrante? ¿ En cuántas partes dividia los dias en las diferentes estaciones? ¿ Qué valor tenían los diez grados ó las diez líneas que hizo Isaias retrogradar la sombra del sol? Es muy difícil poner de acuerdo á los sabios sobre todos estos puntos, en los cuales no se puede recurrir sino por conjetura. Lo que parece mas probable es que los babilonios dividían el círculo en 60 partes ó 60 grados, y por consiguiente dividían el círculo que recorre el sol en veinte y cuatro horas en los mismos 60 grados; que así 40 grados en el cuadrante de Acaz señalaban un espacio de cuatro horas según nuestro modo de contar; pero no se sabe si cada uno de estos grados se dividía en muchas partes, en cuyo caso diez líneas podrían equivaler á menos que una hora de las nuestras.

Lo que aumenta la dificultad es que los antiguos no dividían como nosotros el dia y la noche en veinte y cuatro partes iguales: la palabra *hora* no significaba entre ellos lo mismo que entre nosotros, é ignoramos si las horas de los babilonios eran desiguales según la variedad de las estaciones, como en los demás pueblos. Como quiera que sea, no hay necesidad de suponer que las diez líneas del cuadrante de Acaz que retrogradó la sombra del sol, designasen un largo espacio de tiempo; y aun cuando hubieran señalado solamente un tercio ó un cuarto de nuestras horas, ó algo menos, no por eso sería menos visible el milagro ni menos asombroso para Ezequias; y como se obró para él solo, no se sabe de cierto si lo percibieron en los demás países.

3º Como los incrédulos no quieren admitir milagros, insisten en la imposibilidad de este hecho. Es imposible, dicen, que el sol ó la tierra pudiesen tener un movimiento retrogrado, sin trastornar la marcha de los demás cuerpos celestes y de toda la naturaleza; todas las naciones hubieran conocido este prodigio, y le hubieran mencionado en sus anales; sin embargo, nadie habla de semejante retrogradación, ni es conocida sino en la historia de los judíos. Pero esta historia no dice que el sol ó la tierra tuviesen un movimiento retrogrado, solo dice que la sombra retrogradó en el cuadrante de Acaz. Esta retrogradación pudo verificarse sin alterar en manera alguna el movimiento diurno de la tierra: bastaba dar una inflexión á los rayos del sol que caian sobre la aguja del cuadrante, para que la sombra de esta aguja se volviése hacia el lado opuesto, y no hay duda que pudo Dios hacerlo sin que resultase ningún otro inconveniente. Pero este fenómeno prometido por el profeta á Ezequias, aceptado por este monarca y verificado sobre la marcha, es un milagro inuegable. Aun cuando hubiera una causa natural capaz de producir una infracción considerable en los rayos del sol, esta causa no pudo presentarse á punto fijo para obrar según la voluntad del rey y del profeta.

RELOJ, monolog. Libro eclesiástico de los griegos que los sirvo de breviario, y se llama así porque contiene el oficio de las horas canónicas del dia y de la noche. Como necesitaban muchos libros diferentes para cantar su oficio, en tiempo del papa Clemente VIII, Arcadio, sacerdote griego de la isla de Corfu, que habia estudiado en Roma, reunió en todos sus libros un oficio completo en un solo volumen, para que pudiese ser-